

Glosas poco sentimentales

Aviso

Pero en el supuesto de que alguien dijera con toda seriedad que los poetas mienten demasiado: tiene razón —*nosotros* mentimos demasiado.

Nosotros también sabemos demasiado poco y aprendemos mal: por eso tenemos que mentir.

Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

Recuerda cómo soy, no cómo quiero ser.

El poema siempre otorga razón a quien lo escribe; abunda sus palabras con significaciones imprevistas; oculta sus torpezas entre los ecos del lector sorprendido; finge una grieta en la implacable soledad de todos sobre la presunción de algún sentido y dota a cada uno del rostro que más deseaba: el poema siempre es un espejo con retoques.

No me confundas nunca con mis poemas: hay demasiados hombres providenciales. Yo solamente soy un artesano insomne. Un hombre como todos. Y como todos, único y diferente, pero también ni mejor ni peor: protagonista gratuito de una vida escasa, asediada, contradictoria, insatisfecha, cada vez más conciencia para ganar su libertad de día en día.

Lo heroico es ser un hombre tan normal como un árbol.

Razón

Cuando se razona sobre la libertad o el libre arbitrio, no se pregunta si el hombre puede hacer lo que quiere, sino si su propia voluntad es lo bastante independiente.

Leibniz, Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano.

Nadie piensa sin fe, pero hay un exceso de gente que sólo cree en la verdad, no en la razón.

Y delega su derecho a equivocarse en cualquier jerárquica ortodoxia dueña de la verdad para sentirse gregariamente irresponsable e infalible, tal vez porque con la conciencia en paz de los sumisos siempre es más fácil la supervivencia.

La razón es ardua. Exige no dejarse abatir por la desesperante realidad y aceptar que el mundo cambia demasiado lentamente pero la única posibilidad de que sea para mejor está en las propias manos.

No. No es cómodo convivir razonablemente con uno mismo.

Ceremonia

Quien va a la muerte por su patria se ha liberado de la ilusión que limita la existencia a su propia persona: extiende su propio ser a sus compatriotas, en los que continúa viviendo, en las generaciones futuras para las que actúa, y considera la muerte como el guiño del ojo que no impide ver.

Schopenhauer, *El fundamento de la moral*.

El soldado desconocido, aquel que gritó «antes tendrán que pasar sobre mi cadáver», o, «quién me habrá metido a mí en esto», o más concisamente, «por qué», salió de su tumba a mirar las múltiples medallas del conocido general que precisó: «El verdadero deber de un soldado para con su patria consiste en lograr que el soldado enemigo muera por la suya».

El soldado desconocido llevaba la bayoneta calada hasta los huesos.

El conocido general encendió una llama, símbolo de la vida como tradicionalmente se acostumbra.

Fue una ceremonia iluminadora.

Ruego

Los políticos que sostienen que la naturaleza humana es incapaz de realizar el bien prescrito por el ideal de la razón son los que, en realidad, perpetúan la injuria a la justicia y hacen imposible toda mejora y progreso.

Kant, La paz perpetua.

Déjenme con mi desesperanza lúcida y vigilante.

Quienes padecen la violencia de los que ostentan y de los que asaltan el poder, ya saben que el motor de la historia no es la lucha de muchos contra pocos, sino la sangre de los de siempre, para que unos pocos sucedan a otros pocos.

No se trata de desesperar. Únicamente de no engañarse. La política es el arte de lo posible para los pocos que mandan, porque si los muchos que obedecen decidieran por sí mismos, el mundo cambiaría demasiado: ya sería mañana.

La desesperanza no es desesperación, apenas si desconfianza.

Para los que obedecen, la historia cuesta cara.

Memoria

Esta capacidad para olvidar —en sí misma resultado de una larga y terrible educación por la experiencia— es un requisito indispensable de la higiene mental y física, sin el que la vida civilizada sería intolerable; pero es también la facultad mental que sostiene la sumisión y la renunciación. Olvidar es también perdonar lo que no debe ser perdonado si la justicia y la libertad han de prevalecer.

Marcuse, Eros y civilización.

Nunca podré olvidar lo que no has hecho por mí.

Para los poderosos como tú, la comprensión es una puerilidad; el diálogo, un desfallecimiento; y la otra opinión un atentado contra la evidencia de tu sabiduría.

Porque solamente concibes el mundo como un sitio para el arbitrario ejercicio de tus inapelables decisiones: aclamación unánime a las ideas que decretas, constante agradecimiento por tus deseos que todos deben satisfacer, respetuosa aquiescencia con los imperativos de tus más enloquecidas obsesiones.

No. Nadie debe olvidar lo que no has hecho por nadie.

El olvido podría confundirse con el perdón.

Así no sea.

Felicidad

Cuando queremos aprehender el ser, siempre ocurre como si asiésemos el vacío... Sin embargo... muchas palabras, justamente las esenciales, se hallan en el mismo caso.

Heidegger, Introducción a la metafísica.

La felicidad —como todas las palabras esenciales: amor, bondad, esperanza— resuena diferente en cada uno, cualquier definición la mutila, es engañada por los desaprensivos, padece el desprecio de los pragmáticos.

Y sin embargo, la felicidad —como todas las palabras esenciales: verdad, persona, belleza— alude a una realidad complejamente necesaria y libre, que la experiencia reconoce irrenunciable, comprende intransferible, exige justa, pese a que las utopías hablen en su nombre así en la tierra como en el cielo.

Porque aunque la felicidad sólo puede ocurrir en cada uno, es para todos el único sentido de este mundo.

Luego, existe.

José Alberto Santiago